

DISCURSO PRONUNCIADO ANTE EL CADAVER DEL PROFESOR NICOLAS BUENDIA

Por el Profesor *Manuel José Luque*.

Señores :

Cuando la amargura hiere y desgarrar; en la hora de las supremas, de las desoladoras recordaciones, la añoranza, el detalle lejano, el suavísimo aroma del pasado, traen sonrisas y lágrimas, entristecen y consuelan, son placer y son tortura.... La satisfacción de referirme al Profesor Buendía, no sé hasta dónde podrá neutralizar el acerbo, el amargo dolor de su partida.

En el caudal de virtudes que formaban su personalidad, existía una que resumiéndolas superaba a todas: la caballerosidad. Caballero, como quien dice nobleza y lealtad, delicadeza e hidalguía, superioridad sobre el doncel, el escudero y el paje, el ciudadano y el señor. Caballero al rendir la fortaleza y al escalar la cima; caballero al perdonar la ofensa o esquivar el mandoble, caballero en la cátedra, en el hogar, en sus pensamientos y en sus obras, con el amigo y con el enemigo.

Por más de un cuarto de siglo, el Profesor Buendía estuvo conectado con nuestra Facultad de Medicina. Durante veinte años regentó la cátedra de Obstetricia y por siete la Clínica Obstetricial creada por su padre el inolvidable Maestro José María Buendía. Y esa clínica organizada por él, dotada por sus esfuerzos, adquirió tal renombre, que el Profesor Roger públicamente declaró por la prensa, ser ella "una institución modelo para muchas clínicas europeas".

Fue uno de los fundadores de la Cruz Roja Colombiana; y en asocio de Dn. Santiago Samper y de los doctores Hipólito Machado, J. M. Montaña, Gabriel Camero, Ricardo Fajardo Vega, Lisandro Reyes, Enrique Gómez Azuero y Carlos Tirado Macías, organizaron y dirigieron la primera ambulancia de guerra que fue a prestar sus servicios a Palo Negro y a otros lugares de la República.

Pasados los mil días de la última de nuestras revoluciones, en el antiguo caserón de San Juan de Dios, en dantesca monotonía se asinaban los desvalidos sobre pisos destartados y mugrientos, A la amargura de la enfermedad se agregaba la no menos cruel del abandono y la miseria. Ante ese cuadro de horror, un grupo de ciudadanos plenos de amor al prójimo y saturados de anhelos cien-

tíficos, fundaron la Sociedad de Cirugía. Y ellos, a la manera de los tiempos de las caballerías, "sin otro escudo que su fe", y al amparo de sus sanos propósitos, emprendieron trabajos hasta desarrollar en lo social la más trascendental iniciativa que una entidad particular haya llevado a efecto en este país. Contra todas las tempestades, de cara a los vientos contrarios, frente a la adversidad en la mayoría de las veces, primero concibieron la idea y realizaron más tarde el milagro de levantar un hospital que honraría a cualquier pueblo y aliviaría mucho sufrir humano. La lucha sería heroica, la labor sería grande pero más grande y más heroico era el empeño! Los ulcerados por las malas pasiones tuvieron vastísimo campo a sus actividades, los atenaceados por la envidia quisieron corroer la obra, los que trafican con el dolor ajeno vieron disminuidas sus ganancias, y, entonces, la honra de aquellos caballeros, sus haberes, su nombre, todo se puso a prueba, y no hubo vocablo ofensivo que no se prodigase, ni suspicacia que no luciera, ni insinuación malévolas que no se lanzara contra ellos. Y así llegó el esfuerzo a lindar con lo sublime por que a su magnificencia se agregaba la santificación que le daban los salpiques de el dicitario.

Guillermo Gómez, Zoilo Guéllar Durán, Julio Z. Torres, Eliseo Montaña, Isaac Rodríguez, Diego Sánchez, Hipólito Machado, Juan Evangelista Manrique, que "se fueron para aquellas playas de las cuales no ha regresado jamás ningún viajero" y hoy, Nicolás Buendía, que cerró los ojos, "en el último sueño, del que nadie vuelve", mas José María Montoya el único sobreviviente de aquella selección, fueron, señores, el símbolo del desinterés hecho personas.

Y al estímulo del ataque de que os he hablado, surgió la obra airosa, valiente, tal vez desafiadora. Y el pobre tuvo amparo en sus horas de amargura, alivio el adolorido, el torturado consuelo, pan el hambriento. Ahora pregunto: ¿quien venció en la batalla? Feliz descanso del que miró su obra, santo reposo de quien así concluye!

Terminada la construcción del Hospital de San José, la Sociedad de Cirugía, en hora de acierto afortunada, le encomendó el servicio de enfermedades propias a la mujer, y mis hados benéficos hicieron que esa misma Sociedad me colocara a su lado para tal objetivo. Y fue allí donde pudimos ver que las tres grandes virtudes de que trata Hipócrates en su libro de "Los Aforismos" formaron la esencia misma de su personalidad. El filósofo de la isla de Cos, hablando de las cualidades que deben adornar al médico, pensaba en el cultivo físico, en el aspecto intelectual y en el orden moral. El Profesor Buendía en este último soporte descansaba su prestigio y su nombre. Sabía oír con bondad al que sufría, por prolijos que fueran sus relatos, porque escuchar con atención

es empezar a aliviar; ganaba su confianza por el interés que prestaba a los más nimios cuidados; creaba en el espíritu del enfermo un optimismo sano y razonable, desvaneciendo los prejuicios o robusteciendo su fe.

Pensaban los antiguos pueblos que la medicina había bajado del Cielo y a fe que tenían razón. Solo mirando al facultativo como a un ser superior al resto de los mortales, pudieron comprender en esas lejanas épocas su altísima misión de aminorar el sufrimiento, calmar los dolores y vencer la muerte.

Maestro, discípulo y enfermo, formaban un todo indiviso. Ni la edad, ni la posición, ni el nombre rompieron esa unidad. Ni una sombra siquiera que hubiera mostrado superioridad ganada y merecida por mil títulos. Y enseñaba experiencia y recibíamos lecciones de clínica y, especialmente, lecciones de vida! Cuántos sanos consejos, prudentes y sinceros; cuántas observaciones caldeadas por los años, hijas de la penetración y moldeadas en su recta conciencia.

Profesor en el más alto sentido, los triunfos de sus alumnos fueron sus propias glorias. A él no le dolían los éxitos ajenos y cuando la envidia mofaba y maltrataba, en la hora de la amargura, aparecía el amigo, dispuesto siempre a prodigar consuelos. Y si era llegado el momento del triunfo, venía entonces el estímulo. Las mañanas en que de cama en cama recorríamos el Pabellón La Pola, no se borrarán de mi memoria como tesoro incomparable por su ética. A qué altura moral colocaba al facultativo, y en qué sitio de gran señor ponía al profesional!

Durante la administración del doctor Carlos E. Restrepo, fue médico del Ministerio de Gobierno y Miembro del Consejo Superior de Sanidad, y el entonces Ministro del ramo, doctor Clodomiro Ramírez hablando de los serios problemas sanitarios que se presentaron por aquella época con motivo de una grave epidemia aparecida en Sta. Marta, tuvo para el Profesor Buendía los más cálidos y merecidos elogios.

Substituído el Consejo Superior de Sanidad por la Junta Central de Higiene, de la cual hizo parte en la administración del doctor José Vicente Concha, le tocó intervenir en el saneamiento del departamento del Cauca, de Buenaventura y demás puertos del Pacífico, invadidos por la fiebre amarilla. Fue esta una benéfica labor sanitaria que libró al país del terrible flagelo, y a la cual no se le ha reconocido toda la importancia que tuvo.

Hombre de muy vasta cultura hizo sus estudios de médico con brillo singular en la Facultad de Medicina, y se graduó en Bogotá. Acto seguido pasó a Londres y allí nuevamente alcanzó el título de doctor. Estudió luego en Austria, en Alemania, en Francia y en España país este último donde estuvo como representante

de Colombia el año de 1900 y en donde fue objeto de elevadas distinciones. Ya en la ancianidad, con la luz del ocaso, el Presidente Santos, honró la Cruz de Boyacá que colocó en su pecho.

El Profesor Buendía por vocación, por temperamento y tal vez por herencia, consagró sus energías a la rama de la tocología. En la protección que la ley natural dispensa a la propagación de la especie humana, siempre estuvieron en su mente sus graves y trascendentales deberes. Velaba por el ser que había de nacer, aún antes que la chispa del Eterno brillara en el misterio de la vida. Y una vez llegada esta, cuántas admoniciones a la mujer que había de ser madre, qué de sanos principios y de santos preceptos! Pero cuando era docto en la magnitud del vocablo, donde brillaba su saber oceánico, era al transformarse la crisálida en mariposa, la flor en fruto, la promesa en realidad, cuando el niño lanza su primer gemido, yo no sé si al contacto de esta humana miseria.

Quien se dedique a los cuidados de las madres y a las solicitudes del recién nacido, oficia diariamente ante el altar de la naturaleza. Y el Profesor Buendía entregaba todo su ser a las madres que se acercaban a él plenas de temor pero henchidas de esperanza, y abandonando su espíritu en aquellas que sentían la hora de la muerte o de la resurrección, sembraba el coraje, animaba a la lucha, estimulaba con la promesa del hijo, con la futura sonrisa del niño, que es la música del Cielo en la vida.

De la eficiencia de su labor profesoral pueden dar testimonio las múltiples generaciones médicas que contribuyó a formar a partir del año de 1906. Nadie como él para disertar y hacer ameno el más complicado problema. Flujía su conversación deslizándose suave y discretamente. Tenía voz agradable y persuasiva; conceptos atractivos, jugosos y amenos. Hallaba el similitud que sintetizaba el juicio o fijaba el pensamiento. Aclaraba las dudas, fortificaba la certeza, iluminaba los senderos tortuosos u oscuros al raciocinio, difíciles o enmarañados a la inteligencia. Las horas de su clase se pasaban veloces. Hombre jovial, humorista de buen gusto, de imaginación desbordante, era el "gentleman" bogotano, oportuno en sus alusiones, inagotable y exquisito.

¡Cuán fugaz este humano recorrer de la vida! ¡Qué efímero nacer, existir desaparecer! Emoción angustiosa sobrecoge mi espíritu, envuelve mis sentidos, se aferra a mi existencia ante el impenetrable misterio de la muerte!

Profesor Buendía: vuelve al seno de donde venimos. Madre tierra fecunda, se misericordiosa; de tu vientre venimos, a tu entraña volvemos.

Adios Maestro; adios compañero; adios hermano!!